

# Pasión por leer

SABADO 25 DE FEBRERO DE 2006

LECTURAS PARA EL VERANO



## VOS SABRÁS (FRAGMENTO) MARTHA MERCADER

A papá lo recuerdo por pantallazos. La primera vez, cuando nuestra casa se llenó de gente, y yo paralizada en un rincón del comedor sin saber por qué tanto barullo y tanto aplauso. Hasta que papá me vió y me alzó en sus brazos y dijo: ¡Qué linda estás, mi princesita! ¡Cómo has crecido! Papá también había crecido; parecía altísimo y se había dejado la barba y los bigotes como un marino que viene del mar y de la guerra. Y nunca pude preguntarle cómo era la nieve, cómo eran las montañas. Papá era un hombre muy ocupado. Los chicos en cambio teníamos todo el tiempo del mundo para discutir si en Ushuaia hacía más frío que en Alaska, si los lobos comen pingüinos, si las ballenas atacan a los barcos. Mi hermano decía que no; yo decía que sí.

Mi infancia: crecer y jugar con hermanos y primos, hasta que nos separamos o nos separaran, las chicas para aquí, los varones para allá.

Toses y bronquitis en invierno, entre las lanas de mi madre y mis abuelas y mis tías, escuela a la mañana de lunes a sábados, de maestra a maestra, de recreo a recreo (lo más lindo), por un camino llano, sin peligros, sin lobos ni ladrones, tras la flor abierta del saber. Largas tardes en veredas alegres con las chicas del barrio... lejos quedaban los policías que apaleaban a los opositores, los fraudulentos que se robaban las urnas y los gobernantes que manipulaban a la gente en provecho propio. Mientras mi padre combatía a los malos, yo podía jugar y estudiar tranquila y no extrañarlo demasiado en sus largas ausencias. De las rutinas bienhechoras se ocupaba mamá; que no faltaran las verduras ni la carne para el puchero y hubiera carbón para la cocina económica y tranquilidad para que los chicos hiciéramos los deberes. Sin quejarse, mamá trataba de comprender y se amoldaba sin alharaca. Si papá encrespaba las olas, mamá las calmaba. De ella heredé la paciencia, el aguante, una herencia que recibí después de haber agotado una tormentosa juventud. Silenciosas lecciones de amor que reconocí demasiado tarde. Todavía le debo un homenaje.

Hasta que, sin explicaciones previas, la adolescencia eclosionó silenciosa pero violenta. ¿En qué mundo?



En Vos sabrás.  
Grupo Editorial Norma.  
© Martha Mercader.

## ENCUENTRO CON EL VERDUGO PABLO DE SANTIS

Tuve que viajar por motivos de trabajo a una ciudad del Norte. Llegué a la caída del sol y caminé en busca de alojamiento. En todas partes me decían lo mismo: no había lugar para mí. Entré en la calle más angosta y oscura de la ciudad, confiado en que nadie más que yo buscaría una habitación entre aquellas paredes. La dueña de una de aquellas cuevas miró con sus únicos ojos mis monedas y aceptó darme una habitación. El precio fue alto.

—El único inconveniente es que tiene que compartirla.

No me importó: había dormido con las peores compañías. Me tendí en un catre de madera, junto a la ventana.

En el fondo de la habitación, en una cama de madera, alguien dormía.

Al despertar encontré, al pie del catre, a un hombre gigantesco. Había empezado a hablar antes de que yo abriera los ojos.

—Los dos somos forasteros. Este no es un buen sitio para forasteros.

Me contó el largo viaje que lo había llevado hasta allí. Lo escuché con paciencia. Después de su relato dijo:

—No sabes quién soy, si no, no hubieras hablado conmigo. Soy el verdugo.

Esperaba que me alejara de un salto.

—Un oficio como cualquiera —dije.

—Aquí nadie me habla.

Buscó entre sus cosas una varilla de madera, atada a una correa de cuero.

—Cuando voy al mercado, tengo que señalar los alimentos con esta vara. Nadie quiere comer una manzana que ha sido tocada por la mano del verdugo.

—Veo que es un pueblo de gente ignorante y supersticiosa —dije con desgarro.

—Vienes de afuera y dices no creer en estas cosas. ¿Pero acaso serías capaz de darme la mano?

Me tendió una enorme mano roja, llena de cicatrices: heridas y marcas dibujadas por el roce de las sogas y el filo de las hachas.

Apreté su mano, menos fría que la mía.

—Es la primera vez que alguien le tiende la mano al verdugo. ¿Quién eres, que no le tienes miedo a nada?

—Soy el nuevo verdugo —respondí—. He venido a reemplazarte.



En Rey secreto.  
Editorial Colihue.  
© Pablo De Santis.

"Este suplemento es una invitación a la lectura a través de pequeños textos, para que leer sea cada vez más un placer compartido por toda la población, donde quiera que se encuentre. Para que todos puedan sentir la misma pasión por leer"



H 0022634

Campaña Nacional de Lectura



25/2/2006



## FIESTITA CON ANIMACIÓN

ANA MARÍA SHUA

Las luces estaban apagadas y los altoparlantes funcionaban a todo volumen.

–¡Todos a saltar en un pie! –gritaba atronadoramente una de las animadoras, disfrazada de ratón. Y los chicos, como autómatas enloquecidos, saltaban ferozmente en un pie.

–Ahora, ¡todos en pareja para el concurso de baile! Cada vez que pare la música, uno abre las piernas y el otro tiene que pasar por abajo del puente. ¡Hay premios para los ganadores!

Excitados por la potencia del sonido y por las luces estroboscópicas, los chicos obedecían, sin embargo, las consignas de las animadoras, moviéndose al ritmo pesado y monótono de la música en un frenesí colectivo.

–Cómo se divierten, qué piolas que son. ¿Te acordás qué bobitos éramos nosotros a los siete años? –le preguntó, sonriente, el padre de la cumpleañera a la mamá de uno de los invitados, gritándole al oído para hacerse escuchar.

–Y qué querés... Nosotros no teníamos televisión: tienen otro nivel de información –le contestó la señora, sin muchas esperanzas de que su comentario fuera oído.

No habían visto que Silvita, la homenajeadada, se las había arreglado para atravesar la loca confusión y estaba hablando con otra de las animadoras, disfrazada de conejo. Se encendieron las luces.

–Silvita quiere mostrarnos a todos un truco de magia –dijo Conejito–, ¡va a hacer desaparecer a una persona!

–¿A quién querés hacer desaparecer? –preguntó Ratón.

–A mi hermanita –dijo Silvia, decidida, hablando por el micrófono.

Carolina, una chiquita de cinco años, preciosa con su vestidito rosa, pasó al frente sin timidez. Era evidente que habían practicado el truco antes de la fiesta, porque dejó que su hermana la metiera debajo de la mesa y estirara el borde del mantel hasta hacerlo llegar al suelo, volcando un vaso de Coca Cola y amenazando con hacer caer todo lo demás. Conejito pidió un trapo y la mucama vino corriendo a limpiar el estropicio.

–¡Abracadabra la puerta se abra y ya está! –dijo Silvita.

Y cuando levantaron el mantel, Carolina ya no estaba debajo de la mesa. A los chicos el truco no los impresionó: estaban cansados y querían que se apa-

garan las velitas para comerse los adornos de azúcar de la torta. Pero los grandes quedaron sinceramente asombrados. Los padres de Silvia la miraba con orgullo.

–Ahora hacela aparecer otra vez –dijo Ratón.

–No sé cómo se hace –dijo Silvita–. El truco lo aprendí en la tele y en la parte de aparecer papi me cambió de canal porque quería ver el partido.

Todos se rieron y Ratón se metió debajo de la mesa para sacar a Carolina. Pero Carolina no estaba. La buscaron en la cocina y en el baño de arriba, debajo de los sillones, detrás de la biblioteca. La buscaron metódicamente, revisando todo el piso de arriba, palmo a palmo, sin encontrarla.

–¿Dónde está Carolina, Silvita? –preguntó la madre, un poco preocupada.

–¡Desapareció! –dijo Silvia–. Y ahora quiero apagar las velitas. El muñequito de chocolate me lo como yo.

El departamento era un dúplex. El papá de las nenas había estado parado cerca de la escalera durante todo el truco y nadie podría haber bajado por allí sin que él lo viera. Sin embargo, siguieron la búsqueda en el piso de abajo. Pero Carolina no estaba.

A las diez de la noche, cuando hacía ya mucho tiempo que se había ido el último invitado y todos los rincones de la casa habían sido revisados varias veces, dieron parte a la policía y empezaron a llamar a las comisarías y a los hospitales.

–Qué tonta fui esa noche –les decía, muchos años después, la señora Silvia, a un grupo de amigas que habían venido para acompañarla en el velorio de su marido–. ¡Con lo bien que me vendría tener una hermana en este trance! –y se echó a llorar otra vez.

En **Viajando se conoce gente.**  
Editorial Sudamericana.



# Infantiles - Juveniles

## Manos Elsa Bornemann

Montones de veces -y a mi pedido- mi inolvidable tío Tomás me contó esta historia "de miedo" cuando yo era chica y lo acompañaba a pescar ciertas noches de verano.

Me aseguraba que había sucedido en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. En Pergamino o Junín o Santa Lucía... No recuerdo con exactitud este dato ni la fecha cuando ocurrió tal acontecimiento y -lamentablemente- hace años que él ya no está para aclararme las dudas. Lo que sí recuerdo es que -de entre todos los que el tío solía narrarme mientras sostenía la caña sobre el río y yo me echaba a su lado, a cara a las estrellas- este relato era uno de mis preferidos.

-¡Te pone los pelos de puntas y -sin embargo- encantada de escucharlo! ¿Quién entiende a esta sobrina? -me decía el tío-. Ah, pero después no quiero quejas de tu mamá, ¿eh? Te lo cuento otra vez a cambio de tu promesa...

Y entonces yo volvía a prometerle que guardaría el secreto, que mi madre a enterarse de que él había vuelto a narrármelo, que iba a aguantarme sin llamarla si no podía dormir más tarde cuando -de regreso a casa- me fuera a la cama y a la soledad de mi cuarto.

Siempre cumplí con mis promesas. Por eso, esta historia de manos -como tantas otras que sospecho eran inventadas por el tío o recordadas desde su propia infancia- me fue contada una y otra vez.

Y una y otra vez la conté yo misma -años después- a mis propios "sobrinhos" así como -ahora- me dispongo a contártela: como si -también- fueras mi sobrina o sobrino, mi hija o mi hijo y me pidieras:

-¡Dale, tía; dale, mamá, un cuento "de miedo"!

Y bien. Aquí va:

Martina, Camila y Oriana eran amigas amiguísimas.

No sólo concurrían a la misma escuela sino que -también- se encontraban fuera de los horarios de las clases. Unas veces, para preparar tareas escolares y otras, simplemente para estar juntas.

De otoño a primavera, las tres solían pasar algunos fines de semana en la casa de campo que la familia de Martina tenía en las afueras de la ciudad.

¡Cómo se divertían entonces! Tantos juegos al aire libre, paseos en bicicleta, cabalgatas, fogones al anochecer...

Aquel sábado de pleno invierno -por ejemplo- lo habían disfrutado por completo. Y la alegría de las tres nenas se prolongaba -aún- durante la cena en el comedor de la casa de campo porque la abuela Odila les reservaba una sorpresa: antes de ir a dormir les iba a enseñar unos pasos de zapateo americano, al compás de viejos discos que había traído especialmente para esa ocasión.

Adorable la abuela de Martina. No aparentaba la edad que tenía. Siempre dinámica, coqueta, de buen humor, conservadora. Había sido una excelente bailarina de "tap".

Las chicas lo sabían y por eso le habían insistido para que bailara con ellas.

-¿Por qué no lo dejan para mañana a la tardecita, eh? Ya es hora de ir a descansar. Además, la abuela no paró un minuto en todo el día. Debe de estar agotada.

La mamá de Martina trató -en vano- de convencerlas para que se fueran dormir. A las cuatro y no sólo a las niñas, porque la abuela tampoco estaba dispuesta a concluir aquella jornada sin la anunciada sesión de baile. Así fue como -al rato y mientras los padres, los perros y la gata se ubicaban en la sala de estar a manera de público- la abuela y las tres nenas se preparaban para la función casera de zapateo americano.

Afuera el viento parecía querer sumarse con su propia melodía: silbaba con intensidad entre los árboles. Arriba -bien arriba- el cielo, con las estrellas escondidas tras espesos nubarrones.

La improvisada clase de baile se prolongó cerca de una hora. El tiempo suficiente como para que Martina, Camila y Oriana aprendieran -entre risas- algunos pasos de "tap" y la abuela se quedara exhausta y muy acalorada.

Pronto, todos se retiraron a sus cuartos.

Alrededor de la casa, la noche, tan negra como el sombrero de copa que habían usado para la función.

Las tres nenas ya se habían acostado. Ocupaban el cuarto de huéspedes, como en cada oportunidad que pasaban en su casa.

Era un dormitorio amplio, ubicado en el primer piso. Tenía ventanas que se abrían sobre el parque trasero del edificio y a través de las cuales solía filtrarse el resplandor de la luna (aunque no en noches como aquella, claro, en la que la oscuridad era un enorme poncho cubriéndolo todo). En el cuarto había tres camas de una plaza, colocadas en forma paralela, en hilera y separadas por sólidas mesas de luz.

En la cama de la izquierda, Martina, porque prefería el lugar junto a la puerta. En la cama de la derecha, Camila, porque le gustaba el sitio al lado de la ventana.

En la cama del medio, Oriana porque era miedosa y decía que así se sentía protegida por sus amigas.

Las chicas acababan de dormirse cuando las despertó -de repente- la voz del padre. Terminaba de vestirse -nuevamente y de prisa- a la par que les decía:

-La abuela se descompuso. Nada grave -creemos-, pero vamos a llevarla al hospital del pueblo para que la revisen, así nos quedamos tranquilos. Enseguida volvemos. Ah, dice mamá que no vayan a levantarse, que traten de dormir hasta que regresemos. Hasta luego.

¿Dormir? ¿Quién podría dormir después de esa mala noticia? Las chicas no -al menos- preocupadas como se quedaban por la salud de la querida abuela. Y menos pudieron dormir minutos después de que oyeron el ruido del auto del padre, saliendo de la casa, ya que a la angustia de la espera se agregó el miedo por los tremendos ruidos de la tormenta que -finalmente- había decidido desmelenarse sobre la noche.

Truenos y rayos que conmovían el corazón. Relámpagos, como gigantescas y electrizadas luciérnagas.

El viento, volcándose como pocas veces antes.

-¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! -gritó Oriana, de repente.

Las otras dos también lo tenían pero permanecían calladas, tragándose la inquietud.

Martina trató de calmar a su amiguita (y de calmarse, por qué negarlo) encendiendo su velador. Camila hizo lo mismo.

La cama de Oriana fue -entonces- la más iluminadas de las tres ya que -al estar en el medio de las otras- recibía la luz directa de dos veladores.

-No pasa nada. La tormenta empeora la situación, eso es todo -decía Martina, dándose ánimo ella también con sus propios argumentos.

-Enseguida van a volver con la abuela. Seguro -opinaba Camila.

Y así -entre lamentaciones de Oriana y las palabras de consuelo de las amigas más corajudas- transcurrió alrededor de un cuarto de hora en todos los relojes.

Cuando el de la sala -grande y de péndulo- marcó las doce con sus ahuecados talanes, las jovencitas ya habían logrado tranquilizarse bastante, a pesar de que la tormenta amenazaba con tornarse inacabable.

Las luces se apagaron de golpe.

-¡No me hagan bromas pesadas! -chilló Oriana- ¡Enciendan los veladores otra vez, malditas! -y asustada, ella misma tanteó sobre las mesitas para encontrar las perillas.

Sólo encontró las manos de sus amigas, haciendo lo propio.

-¡Yo no apagué nada, boba! -protesto Camila.

-Se habrá cortado la luz! -supuso Martina.

Y así era nomás. Demasiada electricidad haciendo travesuras en el cielo y nada allí -en la casa- donde tanto se necesitaba en esos momentos...

Oriana se echó a llorar, desconsolada.

-¡Tengo miedo! ¡Hay que ir a buscar las velas a la cocina! ¡Hay que bajar a buscar los fósforos y velas! ¡O una linterna!

-¡Hay que! "Hay que!" ¡Qué viva la señorita! ¡Y quién baja, eh? ¿Quién? -se enojó la Camila-. Yo, ¡ini local!

-¡Yo tampoco! -agregó Martina-. Esta Oriana se cree que soy la superniña, pero no. Yo también tengo miedo, ¡qué tanto! Además, mi mamá nos recomendó que no nos levantáramos, ¿recuerdan?

Oriana lloraba con la cabeza oculta debajo de la

almohada. Buaaaah... ¿Qué hacemos entonces? ¡Me muero de miedo! Por favor, bajen a buscar velas... Sean buenas... Buaaaah...

Martina sintió pena por su amiga. Si bien eran de la misma edad, Oriana parecía más chiquita y se comportaba como tal. Se compadeció y actuó -entonces- cual si fuera una hermana mayor.

-Bueno, bueno; no llores más. Ori. Tranquila... Se me ocurrió una idea. Vamos a hacer una cosa para no tener más miedo, ¿sí?

-¿Q- -ué...? -balbuceó Oriana.

-¿Qué cosa? -Camila también se mostró interesada, lógica (aunque seguía sin quejarse, el temor la hacía temblar).

Martina continuó con su explicación:

-Nos tapamos bien -cada una en su cama- y estiramos los brazos, bien estirados hacia fuera, hasta darnos las manos.

Enseguida, lo hicieron.

Obviamente, Oriana fue la que se sintió más amparada: al estar en el medio de sus dos amigas y abrir los brazos en cruz, pudo sentir un apretoncito en ambas manos.

-¡Qué suertuda, Ori!, ¿eh? -bromeó Camila.-

-Desde tu cama se recibe compañía de los dos lados...

-En cambio nosotras... -completó Martina- sólo con una mano...

Y así -de manos fuertemente entrelazadas- las tres niñas lograron vencer buena parte de sus miedos. Al rato, todas dormían.

Afuera, la tormenta empezaba a despedirse.

-Gracias a Dios, la abuela ya se siente bien -les contó la madre al amanecer del día siguiente, en cuanto retornaron a la casa con su marido y su suegra y dispararon al primer piso para ver cómo estaban las chicas-. Fue sólo un susto. Como -a su regreso- las niñas dormían plácidamente, la abuela misma había sido la encargada de despertarlas para avisarles que todo estaba en orden. ¡Qué alegría!

-Así me gusta. ¡Son muy valientes! Las felicito -y la abuela las besó y les prometió servirles el desayuno en la cama, para mimarlas un poco, después de la noche de nervios que habían pasado.

-No tan valientes, señora... Al menos, yo no... -susurró Oriana, algo avergonzada por su comportamiento de la víspera-. Fue su nieta la que consiguió que nos caláramos...

Tras esta confesión de la nena, padres y abuela quisieron saber qué habían hecho para no asustarse demasiado.

Entonces, las tres amiguitas les contaron.

-Nos tapamos bien, cada una en su cama como ahora...

-Estiramos los brazos así, como ahora...

-Nos dimos las manos con fuerza así, como ahora... ¡Qué impresión les causó lo que comprobaron en ese instante, María Santísima! Y de la misma no se libraron ni los padres ni la abuela.

Resulta que por más que se esforzaron -estirando los brazos a más no poder- sus manos infantiles no llegaban a rozarse siquiera.

¡Y había que correr las camas laterales unos diez centímetros hacia la del medio para que las chicas pudieran tocarse -apenas- la punta de los dedos!

Sin embargo, las tres habían -realmente- sentido que sus manos les eran estrechadas por otras, no bien llevaron a la acción la propuesta de Martina.

-¿¿¿Las manos de quién??? -exclamaron entonces, mientras los adultos trataban de disimular sus propios sentimientos de horror.

-¿¿¿De quiénes??? -corrigió Oriana, con una mueca de espanto.

¡Ella había sido tomada de ambas manos!

Manos.

Cuatro manos más aparte de las seis de las niñas, moviéndose en la oscuridad de aquella noche al encuentro de otras, en busca de aferrarse entre sí.

Manos humanas.

Manos espectrales.

(Acaso -a veces, de tanto en tanto- los fantasmas también tengan miedo... y nos necesiten...)





## Sanchodo Curador

Graciela Montes

Aunque parezca mentira, hasta el odo más pintado se lastima a veces o se enferma. Así que en el Fondo del Jardín, en el Terreno de Enfrente (y en cualquier otro oderío como la gente), además de odos carpinteros y odos pintores, de odos mecánicos, de musicados, de odos viajeros y de inventados tímidos, hay algunos doctodos que se ocupan de curar.\*

Por ejemplo: un odo aventurero que llega de su viaje con moretones y raspones se va enseguida a la latita de azafrán del doctodo Dos, que le pone vendas y le hace sana sana.

En cambio, los odos con dolor de panza de tanto comer trébol y ligustrina se van corriendo a ver al doctodo Tres para que les haga un té de margarita.

Pero cuando un odo está violeta o verde limón lo mejor que puede hacer es ir cuanto antes a la casa de Sanchodo Curador.

Un odo, cuando le viene la tristeza, primero pone cara de triste, después llora hojitas y termina por ponerse verde limón. En cambio, un odo asustado primero pone cara de asustado, después dice LU y después se pone violeta. Y el único que sabe qué hacer con un odo violeta o verde limón es Sanchodo Curador.

Primero se acomoda bien los anteojos (que, como los odos tienen poca nariz, siempre se le andan cayendo), después mira bien al enfermo, le hace un mimo en el flequillo y pregunta:

—¿Y usted por qué anda tan tristón, amigo?

O si no:

—¿Qué le pasa que se lo ve tan asustado, compañero?

Y ahí nomás el odo empieza a perder verde limón o a perder violeta y se le va pasando la tristeza y el susto mientras cuenta y cuenta. Después, un caldito de helecho y a casa. Así siempre.

Aunque un día Sanchodo Curador tuvo que vérselas con un caso muy difícil.

Estaba tomándose unos mates con Teodo, en la puerta de la lata, cuando de pronto la ve a Odana, que venía corriendo a todo lo que le daban los zapatos y gritando:

—¡Don Sanchodo, don Sanchodo! ¡Si usted viera!

—¿Qué pasa, Odana? —preguntó Sanchodo Curador bajándose del trébol.

—Odosio está metido debajo de una piedra, más violeta que no sé qué, y no dice nada, nada más que LU LU LU todo el tiempo. Me parece que es grave, don Sanchodo.

Cuando llegaron a la piedra ya estaban reunidos el grillo Gardelito, Nicolodo, la Mariposa del Jazmín, tres vaquitas de San Antonio que venían de hacer las compras y cuatro odos chicos que estaban jugando al fútbol en la canchita del malvón.

Claro que todos se hicieron a un lado cuando lo vieron venir a Sanchodo Curador. Al fin de cuentas era el único que sabía algo de odos asustados...

Sanchodo se acomodó los anteojos, miró lo mejor que pudo el pedacito de Odosio que se veía debajo de la piedra y dijo, como siempre:

—¿Qué le pasa que se lo ve tan asustado, compañero?

Pero Odosio no estaba para contestar preguntas. Lo único que se oyó fueron tres LUS y dos suspiros.

—Lo habrá asustado algún sapo —sugirió Gardelito.

—O un grillo burlón —le retrucó Humberto, el sapo.

—O un gusano con careta...

Sanchodo Curador se acariciaba las orejas porque estaba pensando con mucha fuerza.

—Hay que averiguar —dijo por fin—. Y para averiguar hay que ir. Y de ir, mejor que vayamos todos, así no nos asustamos.

Entonces Renato, el gusano, se metió debajo de la piedra y le preguntó a Odosio dónde se había asustado y Odosio dijo LU LU LU LU LU, como cinco veces, y señaló hacia el Patio.

Ese mismo día se pusieron en marcha nueve odos, dos grillos, tres vaquitas de San Antonio y cuatro gusanos. Por suerte el sapo Humberto también iba, haciendo de colectivo, así que tanto no tardaron.

Cuando llegaron a la Frontera de los Rosales, Sanchodo Curador les dijo a todos que se bajaran de Humberto y que siguieran a pie, despacito y agarrados de la mano, para no ponerse violetas.

Y despacito despacito, a pasito de odo, a salto de grillo y a panzada de gusano, llegaron hasta la primera baldosa. Allí empezaba el Desierto del Patio, que era un desierto a cuadros, como un inmenso tablero de ajedrez.

De pronto todos los odos gritaron LU LU (los grillos y los gusanos y las vaquitas de San Antonio y el sapo Humberto, que no sabían gritar LU, gritaron otras cosas, como ¡Oia! y ¡Glo!). Porque ahí no más, muy cerquita de donde ellos estaban, tomando sol como si tal cosa, estaba el gato Pato, con todos sus bigotes.

Violeta lo que se dice violeta no se pusieron, pero lila sí. Y no es que el gato Pato fuese un gato demasiado grande, pero hay que tener en cuenta que los odos son tirando a chicos.

Sanchodo Curador se dio cuenta de que tenía que pasar al frente y adelantó una baldosa roja.

Después una blanca.

Después otra roja.

Y cuando ya estaba tan cerca de los bigotes como para pincharse con ellos, el gato Pato abrió un ojo. ¡Ay, qué ojo! Era un ojo verde, y grande como el portón de un garage.

Sanchodo se alió un poco más, y estuvo a punto de gritar un LU.

Pero el portón volvió a cerrarse. Y el dueño del portón suspiró, se ovilló, guardó mejor las patas contra el pecho y siguió durmiendo al sol.

Entonces Sanchodo Curador se acomodó los

anteojos, se peinó el flequillo y dijo:

—Este gato no es para asustar a nadie.

Y mientras volvían al Fondo, montados en Humberto y cantando EA E, EA E, que es lo que cantan los odos cuando se sienten victoriosos, pensaba que un día de éstos iba a volver al Desierto del Patio, para preguntarle al gato qué se opinaba por allí del caldo de helecho tibio.

\*Para información de los lectores:

Los odos suelen vivir en latitas de azafrán; los que no tienen latita propia, alquilan una pieza en una lata de arvejas. Usan flequillo y zapatos redondos. Tienen oficios y genios variados. Los que mejor conozco se concentran en el Fondo del Jardín, aunque también sé de algunos que viven en el Terreno de Enfrente. Las peripecias de los odos se han relatado también en estos cuentos: Nicolodo viaja al País de la Cocina, Así nació Nicolodo y Teodo. (N. de la A.)

Sanchodo Curador fue publicado originalmente en la revista Humi, Año II, N° 33 (Buenos Aires, Ediciones de la Urraca, marzo de 1984). Reproducido en Imaginaria, año 2000. La versión que aquí se reproduce ha sido revisada y ajustada por la autora.

© Graciela Montes.



Ilustraciones por Paula de la Cruz.



Pasión por leer



MINISTERIO de  
EDUCACIÓN  
CIENCIA y TECNOLOGÍA  
PRESIDENCIA de la NACIÓN

Campaña Nacional de Lectura



Con el apoyo de  
Fundación

Noble

Grupo Clarín